XVIII

Ex.

EL Tribunal Superior de Justicia, amigo mio, se niega á recibirme el examen profesional de abogado, y en verdad que es cosa extraña, porque importa esto un acto de verdadera justicia. Es el primero que le conozco.

Esto me decía Pepe Rojo, comenzando á tomar la infame sopa que nos preparaba la malhumorada cocinera que nos servia.

—Necesito emigrar, continuó, á un país más civilizado, en donde la libertad haya si-

do mejor comprendida y practicada, y desde hoy pido á vd. sus respetables órdenes.

—¿Deveras? preguntó Clemente.

—¿Tengo cara de burla? Entiendan ustedes que yo he de ser abogado pese á quien pese, tanto más cuanto que de ménos se hacen los hombres ilustres; por ejemplo: mi estimado condiscípulo Miguel. No me riña el señor Don Clemente por esta franca manifestación de mi juicio respecto á su ídolo.

—No, por cierto, replicó el aludido; eso allá con Juanito.

—No, señor; Juanito es un muchacho de quien he llegado á formarme mala opinión. Veo que ya no gusta de defender á Miguel, y voy creyendo qne no sirve para maldita la cosa. Y luego que ha dado en echarla de taciturno y reservado, que no parece sino que él va á resolver el conflicto Pérez Vaqueril. Le recomiendo, señor Quiñones, que por correo extraordinario me comunique á la capital de la República, para donde marcharé en breve, el resultado de esta trabajosísima evolucion del progreso de los pueblos, no sin decirme la tajada que á vd. le quepa.

Se hablaba de Miguel, de sus amoríos y de los de Vaqueril, con poco miramiento á Remedios, á quien no podía yo defender, y tenía yo las orejas bien coloradas y ardorosas, cuando Julián entró sofocado, diciendo desde la puerta:

—¡Grandes noticias!

—Veamos. ¡Habla, hombre!

Julián se sentó; y entre una y otra cucharada, hablaba, ahogándose algunas veces con el caldo y otras con sus propias atropelladas palabras.

—Don Mateo llegó ya de San Martín, mañana asistirá á la sesión, y como con él tiene mayoría el Gobierno, se presentará acusación contra Perez Gavilán y su cuñado López y López; serán encausados y llamados los suplentes.

El auditorio quedó un instante perplejo, mientras cada cual preparaba un comentario. Sólo Clemente lanzó una exclamación de alegría.

—¡Soberbio! ¿Pero será verdad?

—Ni duda cabe, todos lo dicen.

—Luego es falso, dijo Pepe.

—No, señor, yo subí al Congreso y oí á Don Mateo que decía á Carriles: "¡Esto es una picardía de esos bribones!"

—¡Magnífico! No hay duda.

—Pues hay más que saber.

—¡Más!

—Miguelito, que cada día se dá á conocer mejor como caballero intachable, ha sabido lo del Gobernador con la Cabezudita.

—¡Huy! Eso es grave.

—¿Y ya no se casa?

—Se casa dentro de cinco días, vota con el Gobierno y renuncia la Secretaría privada.

—¡Renuncia! exclamó Clemente abriendo desmesuradamente ojos y boca.

—Por dignidad, concluyó Julián.

A mí se me oscureció la vista, me mordí los lábios; pero pude guardar silencio. Los comentarios tomaron poco á poco calor y extensión entre los dos escribientes, que recíprocamente se aprobaban cuanto decían. Pepe lanzaba de vez en cuando una frase mordaz y oportuna y yo callaba, dispuesto siempre á dar crédito á las malas noticias.

Los escribientes no sofrenaban ni la ima-

ginación ni la lengua, adelantando siempre cuanta suposición podía enaltecer al Gobierno y al jóven diputado, por el cual tenía todo el mundo una predilección tan especial como injustificada. Y cuando ambos se encontraban más acalorados, Pepe, con aquella palabra que tenía virtud de callarlos é imponerse, les dijo:

—Poco á poco, niños; no vayan tan aprisa, que nadie nos urge. Convengo, en nombre de las nobles tendencias del corazón humano, en que ustedes podrían tener razón; pero ustedes no han asistido á los colegios y por lo mismo no saben latín, lengua muerta que por algo se estudia, aun cuando no se aprenda, en nuestros institutos literarios. Dos letras hay que unidas forman una partícula fatal: la e y la equis. *Ex* debiera ser en nuestro idioma partícula inseparable; pero á algún desalmado político le dió la gana de separarla y vino á ser entre nosotros ya un sustantivo ya un adjetivo, que en el mundo de la política tienen significaciones terribles. Como sustantivo, vale tanto como abismo oscuro y sin fondo, del cual no suelen salir los que en él caen, ó si sa-

len es con la cabeza inclinada para siempre; á veces significa purgatorio, y las más infierno. Como adjetivo, expresa lo mismo que despreciable, indigno de estimación y de saludo, y en muchos casos, tanto como muerto. No, señores; el *ex* es un epíteto infamante que nadie acepta; un símbolo de lo pasado que tenemos siempre á la vista para tormento de lo presente, y por añadidura es un mote ridículo que provoca la risa y el desprecio de los demás. Estas acepciones de la voz *ex* son muy nuestras. En España, (que aunque muy adelantada en política no nos iguala), suele usarse como honorífica la tal voz, y el que no puede llamarse ministro, se llama ex-ministro, como si dijeramos *gran cosa;* pero entre nosotros, *ser* es la última expresión de lo sublime, y *haber sido* es buenamente una vergüenza. Sentemos como segunda premisa que Miguelito es muchacho de talento y que sabe latín, y concluyamos, ¡así la Lógica nos bendiga! que antes se someterá á las más duras pruebas, que consentir en que á su nombre acompañe la infamante partícula.

Ni las risas de mis amigos ni la inquietud

que me embargaba impidieron que yo escuchara á Pepe con atención, desentrañando la verdad que había en sus confusas expresiones. Pero apenas concluyó, agitado y cuidadoso salí de allí y me eché á la calle, ansioso de inquirir noticias sin saber en donde.

La vuelta de Don Mateo me causaba sobresalto y temor, puesto que apresuraba la resolución de todos los asuntos que me interesaban. La caida de Perez Gavilán no me parecía imposible, y el medio referido por Julián tenía verosimilitud.

Sin pensarlo fuí á meterme en la casa del revoltoso abogado, y sin reflexión le referí lo que sabía. Rióse Gavilán de buena gana, y me contestó:

—No sea vd. niño, Juanito; Vaqueril no me hará nada: me tiene miedo. No se ausente mucho de la secretaría, porque ahora es vd. más importante que nunca. Miguel está arreglando su matrimonio para dentro cinco días.

—Pero si él me ha dicho.....repuse.

—No crea vd. lo que le diga, no sea vd. niño.

XIX

El toro y el gato.

AQUELLA noche no pude dormir. Pepa me dijo en el breve instante que logré detenerla al entrar en la casa del Coronel, que Remedios estaba llorando y Don Mateo de malísimo humor, y que ella había oido en su boca frases que daban á entender que la reprendía ásperamente, previniéndole además, que acatara su voluntad sin lágrimas ni objeciones.

¡Si me habría engañado Miguel, fingiendo despreciar á Remedios! No; tal suposición era absurda, considerado el carácter y las